



FLORES DEL VERSO Y ESPUMA DE LA PROSA

EL CALLEJON SIN SALIDA

(La poesía con y sin adjetivos)

EL arte docente fué una aspiración desgraciada siempre y no alcanzada nunca. No alcanzada, naturalmente, para los que la postularon; porque la realidad es, que con ellos o a pesar de ellos el Arte ha enseñado siempre.

La condenada nostalgia por lo griego, que nos ha legado el Renacimiento, petrificó el mito del arte docente en aquella pesadez clásica de la Verdad, Bondad y Belleza. Pero no nos engañemos, como todo racionalismo escueto y seco —pues en el fondo, de esto y no de otra cosa, se trataba— esta triple proposición es engañosa. Lo de “Verdad” había que entenderlo como verosimilitud; y en cuanto a la “Bondad”, como dice Croce, se trataba de que los artistas pusieran un poco de azúcar en los bordes del vaso que contenía la amarga y diabólica bebida.

El mito del arte docente, de las piadosas manos de la mogigatería timorata, los teorizantes petrificados y la hipocresía con o sin ingredientes, pasó a los gestos teatrales y ambiciosos de los intelectuales comunistas, los nacionalistas a ultranza y los corifeos del maquinismo.

En resumen, en unos y en otros se trataba de justificar el Arte por otra realidad extraña a él, y, ontológicamente, esto implicaba que se le consideraba, al gusto materialista, como una superestructura, un epifenómeno de la Moral, la Economía, la Política, el Estado, la Raza... es decir de otras realidades. Como dice Huxley, el hombre muchas veces no puede, o no quiere, considerar nada en sí; no se atreve a disfrutar de nada tal como es, y se ve obligado a inventar excusas y justificaciones para todas sus obras.

Pero el Arte no necesita de estas hipócritas justificaciones. “Las reglas del arte decía Fray Juan de Santo Tomás— son preceptos que se toman del arte mismo... El Arte es formalmente infalible... Los efectos del Arte son ordenables en sí mismos... La forma del arte es la regulación y conformación con la idea del artífice”.

Y Menéndez Pelayo decía en otra ocasión: “Esto del arte por la moral, del arte por el bien, fórmulas son y tienen que ser armas de dos filos...”; el fin inmediato del arte “no es otro que la producción de belleza y con producirla se cumple”.

Nosotros no nos encontramos más allá ni más acá de todo esto; estamos, sencillamente, por encima. Tan ridículo es hablar del arte docente como del arte por el arte. Todo esto se reduce a gastar tiempo y pólvora en salvas. El arte es, escuetamente, creación, y como decía Proust, “L'art véritable n'a que faire tant de proclamations, et s'accomplit dans le silence”. Como expresión externa de una realidad interior, está únicamente subordinado al valor belleza, que dentro de la jerarquía absoluta de todos los valores, es el primordial en el arte. Lo demás; el querer poner

el arte al servicio de las masas, de los movimientos obreros o patrióticos, es, en frase de Proust, signo de decadencia y de inferioridad.

Y decíamos todo esto, por los que piden una poesía nueva en el sentido, no de que sea de hoy —pues esto lo es, se quiera o no—, sino de que esté orientada en un sentido que se ha dado en llamar *nuevo*. La Poesía no es, no puede ser, nueva ni vieja; o es *Eterna* o no es poesía y por lo tanto pasa al incomensurable archivo del olvido.

Cuando la poesía brota espontánea, sin pensar si va a servir a tal o cual consigna o idea, es cuando empieza a estar en condiciones de ser auténtica poesía; porque sin proponérselo por medio de grandes y alborotadas proclamaciones, es a la vez exponente de su época, de su horizonte vital, de su espíritu, y por tanto, de las ideas que lo nutrieron. Porque en la Historia no basta con querer ser una cosa, sino que hay que serlo. Así, sólo el poeta que vive auténticamente una fe religiosa o nacional, o las dos a la vez, puede auténticamente expresarlas en su obra, y las representa quiera o no quiera. Porque el ser Cristianos —y ponemos este ejemplo porque sólo este es y debe ser el definitivo para nosotros— es una realidad total, que ocupa por entero la individualidad personal y, por lo tanto, mientras viva auténticamente el poeta cristiano su fe, su poesía será poesía Cristiana quiera o no, porque si no lo fuera, ello sería señal cierta de que había empezado a dejar de serlo.

Esto es lo único auténtico: lo demás, es el clásico pedir peras al olmo.

En otro plano menos abstracto, sabemos muy bien, que nuestra postura no puede ser exactamente, la de la generación novecentista de la poesía (Juan Ramón, García Lorca, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Jorge Guillen, Dámaso Alonso, Cernuda, Altolaguirre, Alberti...); en parte porque algunas direcciones de ella pertenecen ya, por diversas causas, a la historia, y la historia sabemos que es tiempo, es decir, transcurso, sucesión. En este sentido es ya algo trascendido por el tiempo y este ni se detiene ni vuelve atrás. Pero tampoco hay "*callejón sin salida*", y nosotros, queramos o no, somos herederos, de esos y de todos los demás. Porque la historia es vida, y la vida no perece, sino que aunque sea vida ya trascendida (el pasado) sigue presente en la categoría de haber sido y también en el hecho de haber tenido encerrado, en parte, el presente actual. Y sobre todo, porque en realidad el arte es siempre un callejón sin salida y también sin entrada; y se sale de este aprieto subiéndolo hacia arriba el que tiene alas. Y al que no las tenga no le vale escalar las paredes, porque esto empieza siendo juego sucio y peligroso y acaba estrellándose en la amplia realidad del santo suelo.

M. C. H.

